la infantería en un lugar situado entre las calzadas de la Candelaria y San Antonio, en conmemoracion del triunfo obtenido sobre los españoles en Tampico, y el general Tornel repartió una proclama análoga y propia para entusiasmar á los defensores de México—Los honores militares que se tributaron á Santa-Anna, los vivas y las músicas dieron á este acto una solemnidad marcial. Concluido él, las tropas se retiraron á sus cuarteles.

Creyendo el general Santa-Anna de pronto, que los enemigos trataban de atacar la garita del Niño Perdido, salió en persona á la cabeza de un trozo de caballería y una guerrilla de veinticinco infantes, mandada por el coronel Martinez, y practicó un reconocimiento hasta un punto muy cercano á la ermita donde estaban situadas las baterías enemigas, que arrojaron inmediatamente algunas balas y granadas.—El general Santa-Anna se retiró, y por aquel dia no pasó ya cosa digna de llamar la atencion.

El dia 12, al amanecer, la batería enemiga situada en la ermita, rompió sus fuegos sobre la garita del Niño Perdido, sin mas objeto, segun hemos podido deducir de los documentos publicados por los gefes americanos, que llamar la atencion y poder acabar de situar perfectamente la artillería que debia batir á Chapultepec, en los lugares que ya hemos indicado.

En efecto, á pocos momentos comenzaron estas baterías á hacer fuego sobre Chapultepec. Al principio no causaron ningun estrago; pero rectificadas las punterías, las paredes del edificio comenzaron á ser clareadas por las balas en todas direcciones, esperimentándose tambien grandes estragos en los techos, causados por las bombas que arrojaba el mortero que, segun hemos referido, estaba oculto en un patio de los edificios del Molino. La artillería de Chapultepec contestó el fuego con mucha precision y acierto: los ingenieros trabajaban incansablemente en reparar los estragos de los proyectiles enemigos, y la tropa, sentada detras de los parapetos, sufria esta lluvia de balas. Los inteligentes en el arte militar juzgan que la tropa pudo haberse colocado al pié del cerro, para evitar inútiles desgracias, dejando solo en el edificio á los artilleros é ingenieros necesarios.—Esto no se hizo, y los cascos de las bombas y balas huecas mataron é hirieron á muchos soldados, que no tuvieron ni aun el gusto de disparar sus fusiles.

El general Santa-Anna se hallaba en una calzada entre las garitas de San Antonio y Candelaria cuando comenzó el bombardeo de Chapultepec, sin que tampoco cesara la actividad de las baterías de la ermita. Despues de haber recibido y hablado con un ayudante del general Bravo, marchó por la Viga, tomó las cercanías de la Ciudadela, y allí se puso á la cabeza de la reserva, compuesta de las brigadas Lombardini y Rangel, que tendrian las dos cosa de cinco mil hombres.

El general Santa-Anna ordenó que en el puente llamado de Chapultepec se colocara al batallon de Matamoros, de Morelia, y á la izquierda el de San Blas. El resto de la reserva quedó en la arquería. Escepto una escaramuza sostenida por unas compañías del batallon de San Blas con motivo de impedir que el enemigo construyera una batería en el rancho avanzado de la Condesa, y algunos tiros de cañon cambiados entre el hornabeque y la batería enemiga, las tropas estuvieron durante la mañana en completa inaccion, sufriendo los estragos que causaban en ellas las balas del enemigo, y manifestándose serenas para recibir la muerte, y prontas para entrar en el combate. -El lector, por la simple narracion de los hechos, pensará como nosotros, que para los grandes conflictos y para los grandes acontecimientos de la vida, se necesita una cabeza creadora, organizadora, directora. Todas nuestras operaciones en esta guerra se han resentido de esta falta, que á veces ha refluido esclusivamente en contra de los infelices soldados y de los buenos y honrados oficiales.

Las baterías enemigas continuaron el fuego con el mayor vigor, y éste era tan intenso, que á las doce del dia, entrando el general Santa-Anna á Chapultepec y hasta el pié de la calzada para observar mejor los efectos del fuego, previno no lo acompañase ninguno de sus ayudantes, y solo lo siguieron D. Antonio Haro y el coronel Carrasco, el cual subió á dejar al general Bravo el parque de fusil que estaba detenido, porque los enemigos impedian con el fuego la comunicación por la calzada. Cuando este oficial se presentó, el general Bravo estaba almorzando con la mayor serenidad, y las balas y bombas hacian crujir á su alrededor las paredes y blindages.

El Lic. Lazo Estrada y otros oficiales que acompañaban al general Bravo, daban tambien á la tropa el mas bello ejemplo de valor, despreciando el peligro á que estaban espuestos, distinguiéndose especialmente al general Saldaña, quien permanéció sereno en medio de una lluvia de piedras que una bomba habia arrojado sobre su cabeza. En la tarde, el mismo general Santa-Anna entró al bosque con un batallon, á reforzar la obra que miraba al Este del lado de la alberca, y donde el enemigo dirigia sus fuegos para desalojar á la tropa que la guarnecia. Luego que su presencia fué notada, el fuego se redobló, y una bomba despedazó al comandante de batallon Mendez (valiente oficial que habia servido en el ejército del Norte) y mató ó hirió treinta soldados. El general Santa-Anna mandó retirar la tropa, y se retiró él mismo con su estado mayor á la puerta, donde mandó construir una obra que defendiera el lado del jardin y el pié de la rampa, y á las nueve, despues de concluida, se retiró con sus reservas á Palacio.

El bombardeo habia sido horrible. Comenzó poco despues de las cinco de la mañana, y no cesó hasta las siete de la noche. En esas catorce horas las baterías enemigas, perfectamente servidas, habian mantenido un proyectil en el aire y aprovechado la mayor parte de sus tiros. Fácil es calcular el estrago que habia causado el bombardeo en un edificio, que aunque hemos llamado castillo, repetimos no fué construido sino para que sirviera de casa de recreo á los vireyes. En las piezas del mirador, destinadas á hospital de sangre, se hallaban confundidos los cadáveres corruptos, los heridos exhalando dolorosos quejidos y los jovencitos del colegio; y ¡cosa singular! se carecia de los facultativos y botiquines necesarios.—El general Bravo habia resistido con valor y serenidad aquella tormenta de fuego; pero conociendo que pronto debia ser asaltado, pidió refuerzo al general Santa-Anna, quien contestó por medio de los generales Rangel y Peña, que no pensaba enviar mas tropa al cerro hasta que se acercara la hora del asalto. el le overa le mener la calebra cidua leno le con

En el resto de la noche el general Monterde trabajó con infatigable teson en reparar los daños causados por las bombas, reponer los blindages y reforzar las fortificaciones; pero el tiempo era muy angustiado y perentorio. Sin embargo, las esperanzas no estaban perdidas, y un incidente, al cual se le dió en la capital grande importancia, vino á reanimarlas.—Este incidente fué la proximidad de una fuerza del Esta-

do de México, a cuya cabeza se habia puesto el gobernador D. Francisco Modesto Olaguíbel.

Desde que los americanos bajaron al valle de México, las autoridades del Estado de este nombre redoblaron sus esfuerzos, bien para defender sus poblaciones, bien para enviar algunos auxilios á la capital en caso necesario. El patriota vice-gobernador, D. Diego Perez Fernandez, el mismo que despues pretendió solo, con una pistola en mano, detener en San Agustin de las Cuevas una partida de caballería enemiga, marchó á Acapulco, de donde condujo á esta capital alguna artillería; servicio que podrá valuar el que conozca los caminos del Sur.-En el punto llamado Rio-hondo, camino de esta capital á Toluca, se levantaron buenas fortificaciones, y se fundieron algunas piezas de artillería. Conocida, pues, por el gobernador Olaguíbel la decision de los americanos de atacar la capital, reunió las tropas que le fué posible, se puso á la cabeza de ellas, y el dia 11 llegó á Santa Fe con cerca de setecientos hombres. Fácil es conocer que una fuerza tan pequeña no podia emprender con éxito ninguna clase de operacion sobre la retaguardia del enemigo, y que su aparicion no iba á disminuir en nada la catástrofe comenzada por el bombardeo.

El general Pillow puso en observacion de los movimientos de esta fuerza á una gruesa partida de la caballería del coronel Harney, sin que esta caballería se atreviera á emprender un ataque, ni se acercara demasiado.

La seccion, pues, del Estado de México, que se presentaba en cumplimiento de sus deberes, ejecutó á la vista del enemigo diversos movimientos por órden del general Santa-Anna. En uno de ellos esperaba con las mejores probabilidades, si no causar una derrota en la retaguardia del enemigo, al ménos distraerlo del ataque que, segun sus preparativos, iba á dar á Chapultepec.

El general Alvarez ofreció al gobernador Olaguíbel dos brigadas de caballería, para que reunidas á su tropa pudiesen emprender un movimiento sobre los americanos. Esta oferta fué aceptada, y el general D. Angel Guzman se prestó espontáneamente á conducir este auxilio. Olaguíbel esperó, y aun reclamó por medio de sus ayudantes, el refuerzo, que nunca se le llegó á mandar, y marchó al fin, por órden del mismo general Alvarez, á situarse en la hacienda de los

Morales, teniendo necesidad de parar bajo los tiros de la batería enemiga. Esa misma tarde del 12 la caballería entró en la capital.

El dia 13, al amanecer, las baterías enemigas volvieron á romper el fuego sobre Chapultepec, mucho mas vivo que el del dia antecedente.

El general Santa-Anna, que en la noche anterior habia hecho entrar á México toda la reserva, dejando solo cosa de ochocientos hombres en Chapultepec, y de los cuales, escalando las cercas se desertaron muchos, se presentó cosa de las seis de la mañana en la calzada de Belen, con la brigada de Lombardini y el batallon de Hidalgo, de Guardia Nacional. El general Bravo en cuanto observó el movimiento de las tropas enemigas, mandó avisar al general Santa-Anna que iba á ser inmediatamente atacado, pidiéndole parque y refuerzos; disponiendo tambien que el teniente Aleman estuviese listo para prender las fogatas. Desgraciadamente el general Santa-Anna, que en todos los acontecimientos de esta guerra no ha comprendido ni el punto vulnerable del enemigo, ni el suyo, ni la ocasion en que ha debido darse un ataque decisivo, juzgó que Chapultepec no seria asaltado, y por tanto no lo reforzó, contentándose con defender el desemboque de las calzadas de Anzures y la Condesa.

El enemigo, que habia formado tres fuertes columnas á las órdenes de los generales Pillow, Quitman y Worth, ocupó el bosque con sus rifleros que, saliendo del Molino, arrollaron á los pocos tiradores nuestros que lo defendian hasta el pié. La columna del general Worth volteó la posicion, y figurando un ataque por la calzada de Anzures, llamó la atencion del general Santa-Anna. Una nube de tiradores, avanzando rápidamente sobre el puente de la calzada de la Condesa, se abrigó en los troncos de los magueyes que habian sido talados y en las desigualdades y chozas inmediatas. Este ataque tambien se juzgó verdadero por el general en gefe, que alternativamente atendia á los tres puntos dichos, y tenia la mayor parte de sus tropas en inaccion, formadas en toda la calzada. Los enemigos, viendo que su plan surtia efecto, y que se resistian con vigor sus falsos ataques, dirigieron el grueso de sus columnas, que entraron por el Molino, al asalto del cerro, las que flanqueadas y precedidas de sus tiradores, comenzaron á subir, la una por la rampa, y la otra por la parte acce-

sible del Noroeste, entretanto que por el Norte y Oeste una nube de tiradores trepaba, y aprovechándose de las peñas, arbustos, ángulos muertos y mala aplicacion al terreno de nuestras fortificaciones, apagaba con sus tiros certeros los de nuestros defensores, ó los distraia de atender á las columnas de asalto, que no encontraron mas resistencia formal que la que les opuso en la rampa y al pié del cerro el valiente y denodado teniente coronel D. Santigo Xicoténcal con su batallon de San Blas; pero flanqueado, envuelto y muerto este gefe, y la mayor parte de sus oficiales y soldados, los enemigos avanzaron por el segundo tramo de la calzada con bandera desplegada, cayendo esta algunas veces por la muerte del que la llevaba, y retrocediendo algunos pasos las columnas; pero tomando otro la bandera, y continuando el avance hasta el terraplen, donde nuestros pocos defensores, aturdidos por el bombardeo, fatigados, desvelados y hambrientos, fueron arrojados á la bayoneta sobre las rocas ó hechos prisioneros, subiendo una compañía del regimiento de Nueva-York á lo alto del edificio, desde donde algunos alumnos hacian fuego, y eran los últimos defensores del pabellon mexicano, que muy pronto fué reemplazado por el americano.

Las fogatas no llegaron á prenderse por el teniente Aleman, porque cuando llegó al lugar donde estaban las mechas, lo encontró invadido por los enemigos, circunstancia que mencionan en sus partes oficiales, y que nosotros asentamos en obsequio de este jóven, que sin duda ha sido acusado injustamente.

Los enemigos, que habian hecho los ataques falsos contra las calzadas, permanecieron quietos, sin molestar sino con algunos tiros la retirada que se hacia por los dos lados de los arcos, con direccion á Belen, en el mejor órden posible, y que vinieron á turbar un tanto las balas de una pieza de á 12, situada en el cerro al lado del mirador. El enemigo se ocupó un momento en reconocerse, y solo destacó en observacion algunos tiradores.

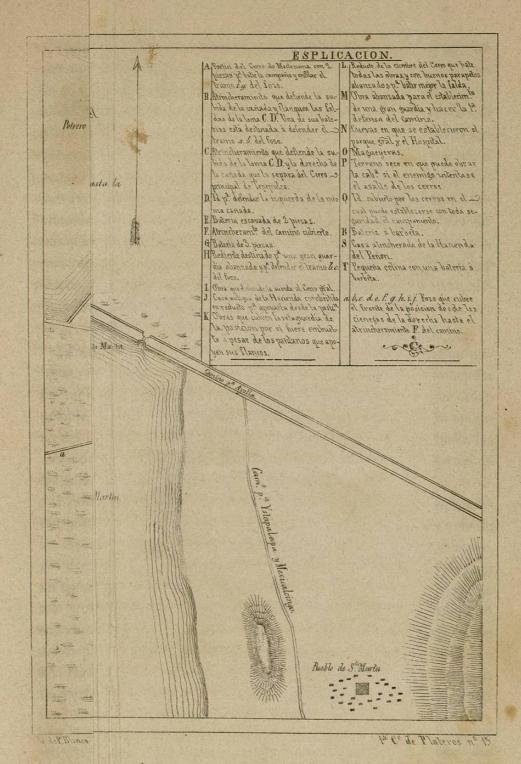
El general Perez murió al principio del ataque de Chapultepec: el teniente coronel Cano, cumpliendo con su deber, fué traspasado por una bala de rifle, y espiró á las nueve de la noche de ese dia. La pérdida de este jóven es muy sensible para las ciencias y para la patria. El general Dosamantes, que peleó con mucho denuedo, fué

herido y el general Bravo hecho prisionero por el teniente Charles Brower, no habiendo desmentido en toda la accion el carácter histórico con que es ventajosamente conocido en la República y fuera de ella; no siendo, por consecuencia, cierto, que se le encontrara hundido en un foso hasta el pescuezo, como asentó en su parte oficial el general Santa-Anna. Tambien fueron hechos prisioneros algunos otros gefes, oficiales y alumnos que cumplieron hasta el último momento con sus deberes, y cuyos nombres tendriamos mucho gusto de mencionar, si pudiéramos esactamente recordarlos á todos.—En la defensa de la calzada de la Condesa y hornabeque se distinguió especialmente la compañía de cazadores de San Blas y el batallon Matamoros de Morelia, resultando heridos el capitan Traconis y mayor de brigada D. José Barreiro.

El enemigo en toda esta refriega tuvo pérdidas muy considerables, aunque mucho menores que las que sufrió en el Molino del Rey. Uno de los oficiales que conducia la columna de asalto, fué muerto, así como otros varios ingenieros.—El general Pillow fué herido gravemente en una pierna.

El general Rangel, con algunos piquetes, marchó por la Verónica, donde se reunió con el general D. Matías Peña, el que despues de haber hecho valerosos esfuerzos en la calzada de Chapultepec, conducia al batallon de Granaderos, sosteniendo su retirada y haciendo fuego á la vanguardia de Worth, que con algunas piezas de artillería se adelantaba en esta misma direccion. De esta manera llegaron á la fortificacion de Santo Tomas, donde hizo alto la tropa, ocupando el parapeto, y defendiéndose con tal denuedo, que rechazó la columna del general Worth, que habia determinado tomar posesion de esta obra de fortificacion. Tanto en el hornabeque, como en este lance, el general Rangel se manejó con mucho valor y serenidad.

Si bien hubo, así en el ataque de Chapultepec como en la retirada, acciones dignas de crítica y aun de castigo, es imposible negar que pasaron tambien escenas aisladas muy honrosas, y que ademas de ser prueba de mucha sangre fria y valor, manifiestan que en algunos corazones mexicanos el patriotismo era puro como en los primeros dias de la independencia (*).



^(*) Ocupados del conjunto de los acontecimientos, y no pudiendo tampoco abarcar

